

Orígenes del pensamiento geopolítico en España. Una primera aproximación

Antonio T. Reguera*

Los hombres, abusando de la geografía, han prostituido sus luces a la dirección de tantas sangrientas guerras, tantas feroces conquistas, tantos horrendos planes de destrucción exterior y de opresión interna como han afligido al género humano.

G.M. JOVELLANOS (1963)

Résumé / Abstract / Resumen / Resum

La géographie a toujours été impliquée dans les tâches d'information au service du pouvoir. A la fin du XIX^{ème} siècle, la collaboration devient plus étroite ou, en tout cas, se fait plus évidente. Dans le contexte historique du développement du capital, la géographie accomplit la fonction de légitimer la pratique coloniale tout en commençant à faire partie de la superstructure du phénomène imperialiste. Parallèlement le développement des nationalismes compromet la géographie dans la justification des «besoins vitaux» de l'Etat-nation. Ainsi apparaît-il la géographie comme un corps doctrinal spécifique.

On peut parler d'un modèle allemand élaboré par des géographes et des chefs –depuis Ratzel jusqu'à Hitler même– complices tous des dominations impériales qu'il fallait défendre ou des grandes patries qu'on projetait bâtir. Cette façon de «penser l'espace», d'accord avec les intérêts des projets politiques autoritaires, nationalistes et expansionnistes, aura en Espagne des adeptes parmi les politiciens, militaires, intellectuels en général et géographes en particulier. Parmi ceux-ci on doit rappeler les noms de Gonzalo de Reparaz, Emilio Huguet del Villar et Leonardo Martín Echevarría. Certains de leurs ouvrages, publiés dans le premier tiers du XX^{ème} siècle, montrent une évi-

* Departamento de Geografía, Universidad de León.

dente filiation avec les ouvrages de Ratzel qui passent pour être l'embryon du futur noyau doctrinal de la géopolitique.

* * *

Geography has always been involved in informative tasks within the circles of power. Towards the end of the nineteenth century this collaboration became more significant or at least more noticeable. In the historical context of capitalist development, geography served the purpose of legitimizing colonial practices, thus forming part of the complex superstructure of the imperialist phenomenon. Similarly, geography was also used during the development of nationalism conscience to justify the «vital necessities» of the Nation-state. Thus Geopolitics emerged as a specific body of doctrines.

One can identify a «German model» designed by geographers and authoritarian heads of state –from Ratzel to Hitler himself– all of whom were complices in imperial domains which had to be defended or in great nations which were to be built. This manner of «defining space» according to the interests of authoritarian, nationalist and expansionist political projects had a loyal following in Spain composed of politicians, members of the armed forces, intellectuals in general and more specifically geographers. Of the latter, Gonzalo de Reparaz, Emilio Huguet del Villar and Leonardo Martín Echevarría, among others, stand out. Some of their works, published during the first third of the twentieth century, offer evident similarities to the work of Ratzel, which are considered the embryo of the future doctrinal core of geopolitics.

* * *

La geografía siempre ha estado implicada en labores informativas al servicio del poder. A finales del siglo XIX, la colaboración se hace más estrecha, o cuando menos es más evidente. En este contexto histórico de desarrollo del capital, la geografía cumple la función de legitimar la práctica colonial, entrando así a formar parte de la compleja superestructura del fenómeno imperialista. Paralelamente, el desarrollo de los nacionalismos compromete a la geografía en la justificación de las «necesidades vitales» del Estado-nación. Surge la geopolítica como cuerpo doctrinal específico.

Se puede hablar de un «modelo alemán» elaborado por geógrafos y caudillos –desde Ratzel hasta el propio Hitler–, cómplices todos ellos de dominaciones imperiales que había que defender o de grandes patrias que se proyectaba construir. Esta forma de «pensar el espacio» concordante con los intereses de proyectos políticos autoritarios, nacionalistas y expansionistas, tiene en España seguidores entre políticos, militares, intelectuales en general y geógrafos en particular. De éstos, y entre otros, destacan Gonzalo de Reparaz Rodríguez, Emilio Huguet del Villar y Leonardo Martín Echeverría. Algunas de sus

obras, publicadas en el primer tercio del siglo XX, tienen una evidente relación de filiación con las obras de Ratzel, que pasan por ser el embrión del futuro núcleo doctrinal de la geopolítica.

* * *

La geografía ha estat sempre implicada en tasques informatives al servei del poder. A finals del segle XIX, la col·laboració es fa més estreta, o al menys més evident. En aquest context històric de desenvolupament del capital, la geografia compleix la funció de legitimar la pràctica colonial, i entra així a formar part de la complexa superestructura del fenomen imperialista. Paral·lelament, el desenvolupament dels nacionalismes compromet la geografia en la justificació de les «necessitats vitals» de l'Estat-nació. Sorgeix la geopolítica com a cos doctrinal específic.

Es pot parlar d'un «model alemany», elaborat per geògrafs i cabdills —des de Ratzel fins al propi Hitler—, còmplices tots ells de dominacions imperials que calia defensar o de grans pàtries que es projectava construir. Aquesta forma de «pensar l'espai» concordant amb els interessos de projectes autoritaris, nacionalistes i expansionistes, té a Espanya seguidors entre polítics, militars, intel·lectuals en general i geògrafs en particular. D'aquests, i entre altres casos, destaquen Gonçal de Reparaz, Emili Huguet del Villar i Leonardo Martín Echeverría. Algunes de llurs obres, publicades al primer terç del segle XX, tenen una evident relació de filiació amb les obres de Ratzel, que passen per ser l'embrió del futur nucli doctrinal de la geopolítica.

DESARROLLO DEL CAPITAL Y GEOPOLÍTICA

A finales del siglo XIX y principios del XX, el capitalismo entra en la que se ha denominado la fase imperialista. En el exterior, la expansión comercial y las anexioniones territoriales se plantean como una «necesidad vital». En el interior, el objetivo será frenar cualquier dinámica social que suponga la resistencia del proletariado a los procesos de acumulación de capital. En este contexto surgen los fascismos y nacionalismos más agresivos como expresión política de tales necesidades. Consecuentemente, los programas de estos movimientos se plantean dos objetivos principales:

1. Anular la lucha de clases en el interior de los países, mediante una inversión dialéctica que se materializa en propuestas de integración del proletariado y de reconciliación de las clases.

2. Trasladar el esquema dialéctico del interior, que enfrenta a las clases dominantes y dominadas con las relaciones internacionales, convirtiendo la lucha de clases en lucha de las naciones.

Ante tales propósitos, que quedan afianzados como proyectos y realidades políticas en la medida en que dejan de poder ser discutidos y cuestionados, los diferentes campos del saber se verán implicados en justificaciones nacionalistas. Éste es el caso de la geografía que, si bien nunca ha dejado de realizar labores informativas al servicio del poder, ahora parece estar dispuesta a hacer un esfuerzo suplementario en beneficio de las «necesidades vitales» de las naciones y de los intereses concretos de la burguesía. De este esfuerzo tan generoso en el conocimiento y comprensión del espacio material en el que se desenvuelven las relaciones humanas, surgirá una nueva disciplina, la geopolítica, enraizada en los conocimientos geográficos y alimentada por los responsables de la práctica de gobierno.¹

Tales implicaciones encuentran su expresión más acabada en lo que podemos denominar «modelo alemán». Los perfiles de este modelo aparecen dibujados en la obra de F. Ratzel, cristalizando así una concepción de la geografía extraordinariamente activa en favor de los nacionalismos. En la génesis del pensamiento geopolítico convergen el positivismo, como metodología científica que pretende explicar las ciencias humanas recurriendo a los modelos de las ciencias naturales, y las teorías orgánico-espaciales de Darwin, mediante las cuales se impone el evolucionismo como concepción dinámica del mundo. Estas ideas penetran en la geografía alemana durante la segunda mitad del siglo XIX, y particularmente en la obra de Ratzel (Capel, 1981, pp. 278 y ss.). En su *Antropogeografía*, una concepción orgánica, integral, de los fenómenos vitales explica la relación hombre-suelo, y desde estos planteamientos biogeográficos intentará comprender los criterios de distribución de las sociedades humanas. Una historia común y un mismo territorio confieren el carácter de pueblo a un conjunto de habitantes; éstos forman organizaciones políticas o estados (Ratzel, 1988, pp. 3 y ss. y 51 y ss.). Será precisamente en su obra *Politische Geographie*, publicada por primera vez en 1897, donde desarrolla la concepción del estado como «organismo territorial», tratando consecuente-

1. Para despejar algunas dudas sobre la utilización en el texto de dos términos —geografía política y geopolítica— que pueden resultar equívocos, considero que la geopolítica surge del cuerpo doctrinal de la geografía política, al cual está conectada, por lo que existe una evidente relación de filiación, pero adquiere especificidad respecto a ésta en la medida en que es capaz de estudiar el espacio como elemento activo de poder y no sólo como un mero soporte del mismo. Otto Maull, quizás con excesiva simplificación, consideraba la geopolítica como una «geografía política aplicada» (Maull, 1960 [1a. ed. 1925], pp. 26 y 506).

mente de determinar con métodos científicos las influencias geográficas en la vida de los estados.

El concepto «organismo territorial» tiene una evidente apariencia geográfica, pero es fruto de la formación como biólogo que tiene Ratzel y de los principios evolucionistas que impregnan su obra. Hay que precisar, entonces, que cuando Ratzel habla del estado como «organismo territorial» se refiere a un organismo vivo, sometido, aunque no con idéntica mecánica, a los mismos principios activos que el resto de los organismos de la naturaleza. Es decir, a diferentes procesos vitales como son el crecimiento, la expansión, la degeneración o la muerte. La comparación con los organismos vivos y la similitud de las fases vitales dan origen a la concepción biológica del estado sobre la que se fundamentarán proyectos de expansión territorial. Será la primera generación de cultivadores de la geopolítica en Alemania, incluido Ratzel, quienes empiezan a justificar la expansión del territorio alemán porque el estado necesita un determinado espacio como base para su existencia y desarrollo político. Se llega así al concepto de «espacio vital» acuñado por G. Von Treitsche (1834-1896), historiador oficial del estado prusiano, cuando aconsejaba la expansión alemana por «la superioridad manifiesta de la civilización teutónica», y «la adquisición de colonias por cualquiera de los medios posibles» (Atencio, 1975, pp. 101-102).

Con esta aportación conceptual Ratzel culmina su teoría del espacio vital, fundamentada en el valor del espacio para el crecimiento de las especies, de origen darwiniano, y en su propia concepción orgánica, o biológica, del estado, que al ser un organismo vivo está sometido a leyes de crecimiento: las «leyes de crecimiento de los estados». De esta forma, el espacio vital se podría definir como el área de influencia que un estado necesita para poder existir y desarrollarse. El concepto «área de influencia» trasciende los límites geográficos concretos, recogiendo así el sentido que Ratzel quiso dar a la expresión «espacio vital». En efecto, las motivaciones que impulsan el desarrollo de la teoría se relacionan con la justificación de las variaciones territoriales y consecuentemente con la no admisión de límites estáticos. En las denominadas «leyes de crecimiento de los estados», o también del «expansionismo», Ratzel enuncia que «el crecimiento de los Estados procede por amalgamación y absorción de unidades menores», siendo la frontera «el órgano periférico de Estado y, como tal, la prueba del crecimiento es la fuerza y los cambios de ese organismo». En conclusión, «el territorio del Estado no puede tener fronteras fijas, pues como todo organismo biológico está sujeto a variaciones» (Atencio, 1975, pp. 155 y 166).

Esta exaltación de la importancia del espacio para la vida del estado coincidía, no por casualidad, con la «necesidad» que Alemania tenía de aumentar su territorio. Esta necesidad ya fue propagada de forma explícita por el economista y profesor de Ciencia Política, Friedrich List (1789-1846) –en su obra *El sistema nacional de Economía Política*– que basaba el progreso económico e integral de una Alemania aún dividida en «la necesidad de un territorio unido y ampliado hasta fronteras convenientes, señalando como tales los mares del Norte y Báltico, por un lado, y el Negro y el Adriático por el otro» (Atencio, 1975, pp. 96-97). He aquí, pues, prefigurada la Gran Alemania que el nacionalismo expansionista de los años setenta pretendió hacer realidad apoyándose en las bases aparentemente científicas creadas por Ratzel y otros historiadores y geógrafos contemporáneos, al formular la teoría biológica del estado y la teoría del espacio vital.

Al igual que Ratzel en Alemania, Vidal de la Blache en Francia podría representar a un grupo de geógrafos –Vallaux, Ancel, Demangeon– comprometidos con el proceso de gestación de la geopolítica, desde el momento en que consideraron que la ciencia política o la teoría del estado no podía concebirse haciendo abstracción de los fenómenos geográficos. Para Vidal de la Blache la composición geográfica de cualquier estado se resuelve en un conglomerado regionalista que adquiere sentido geopolítico al existir y primar un interés político común, fruto de la historia y de la cultura. Este interés político común será, por encima de cualquier otro, el de Francia como estado y como imperio, y así se encargó de certificarlo cuando escribió en 1916, en plena guerra mundial, el libro titulado *La Francia del este* con la voluntad de precisar como geógrafo-geopolítico la pertenencia de Alsacia y Lorena ante una previsible victoria de los aliados (Lacoste, 1986, p. 31).

Una vez que los geógrafos franceses y alemanes pusieron las bases para explicar los fenómenos políticos estatales partiendo del conocimiento geográfico, la difusión de las nuevas ideas alcanzó a todos aquellos países implicados en prácticas imperialistas, dominaciones territoriales o exaltaciones nacionalistas. A propósito, no carece de importancia precisar que fueron las autoridades militares de estos países quienes con mayor entusiasmo cultivaron y difundieron la nueva disciplina. El almirante norteamericano Alfred Th. Mahan (1840-1914) ya había publicado en 1890 la obra titulada *Influencia del poder naval en la historia*, en la que desarrolla la tesis de que «quien domina el mar, domina el mundo», con el objetivo de impulsar a su país a desempeñar un papel preponderante en los mares del mundo para que se convirtiera en una gran potencia naval» (Marini, 1980, p. 30). En Alemania, el general Karl Haushofer realizó una intensa labor de institucionalización de la geopolítica al

servicio de la propaganda nazi (Haushofer, 1986). Y en España, algunos generales, como La Llave y Kindelán, escribieron a principios de los años cuarenta sobre geopolítica, imbuidos de un mal disimulado nacionalismo expansionista (La Llave, 1944 y Kindelán, 1941). El curso de las nuevas ideas también derivó hacia West Point, siendo los coroneles Willians Kulbertan y Herman Beukeuma los alentadores de los estudios sobre geopolítica en los centros de enseñanza del Estado Mayor norteamericano (Chivite Francés, 1944, p. 25).

Como modelos de pragmatismo, entre la geopolítica y las necesidades o aspiraciones de gobiernos concretos, podemos citar los planes de estrategia mundial elaborados por el geógrafo inglés Halford J. MacKinder y por el geógrafo alemán Karl Haushofer. No son independientes el uno del otro. MacKinder, en su conocido trabajo *El pivote geográfico de la historia*, expone un esquema argumental ideológicamente determinado por el presente y el futuro del sistema imperial británico. Su objetivo es analizar «las fuerzas que compiten en la actual política internacional» para llegar a «describir las características físicas del mundo que, a mi parecer, han sido más coercitivas para la acción de Londres». El contexto en el que se sitúa la relación de fuerzas no es otro que el de la dialéctica geohistórica que ha enfrentado a la civilización europea con las seculares invasiones asiáticas, que en esos momentos arrojaba un preocupante desequilibrio territorial a favor de la «vasta zona de Rusia», corazón de Eurasia, y en contra del área marginal europea. En términos geopolíticos más estrictos, de lo que se trata, según este autor, es de lograr preservar el estatus de dominación marítima británica frente a la fuerza expansiva del poder móvil y centrífugo originado en la estepa, o en el corazón de Eurasia. Definido el proyecto político, la materialización del dominio se reduce, en sus grandes dimensiones, a una operación de geoestrategia fijando los puntos o bases de apoyo necesarios para realizarlo. En efecto, Gran Bretaña, Canadá, los Estados Unidos, Sudáfrica, Australia y Japón forman un anillo de bases exteriores e insulares para el *poder marítimo* y el comercio que han de permanecer inaccesibles para el *poder terrestre* de Eurasia.

El ejercicio de reflexión política de MacKinder al servicio de un proyecto de dominación espacial, se reproduce a otra escala. Lo que en el modelo planetario es el corazón de Eurasia, se identifica a escala europea con Alemania. Digamos que era Alemania el peligro inmediato para la continuidad del sistema imperial británico, mientras que la «vasta Rusia» sólo bajo ciertos supuestos era presentada como «un peligro para la libertad del mundo». Como es sabido, del reparto colonial efectuado en el Congreso de Berlín, Alemania salió tan desfavorecida que su competencia en los mercados internacionales, a falta de colonias, se iba solventando por el gravoso sistema del *dumping* para poder

obviar las barreras de las tarifas aduaneras preferentes fijadas en las colonias de otras metrópolis. Los responsables de la política exterior británica, junto con sus servicios de documentación geográfica, conocen perfectamente esta situación, hasta el punto de que es el propio MacKinder quien ofrece una salida para el ingente potencial industrial germano. Llega a decir lo siguiente: «el desarrollo de las grandes potencialidades de América del Sur puede tener una influencia decisiva en el sistema. Puede fortalecer a los Estados Unidos o, por el contrario, si Alemania pudiera desafiar con éxito la doctrina de Monroe, podría separar a Berlín de lo que quizá puedo describir como una política de pivote» (MacKinder, 1904, p. 378). En consecuencia, MacKinder, teniendo como objetivo contribuir por vía de reflexión geográfica al perfeccionamiento o mantenimiento del dominio político británico, desarrolla, con un gran sentido del espacio y de sus posibilidades, una geopolítica de relaciones mundiales y una geopolítica de relaciones europeas. En el primer caso, el bloque antagónico era Rusia, corazón de Eurasia y centro del poder terrestre; en el segundo caso, se trataba de Alemania de cuya «voracidad expansiva» otras potencias europeas habían recibido ya síntomas enequívocos.

El plan de estrategia mundial de Haushofer arranca precisamente de las crisis de crecimiento del «Estado viviente» alemán y del proyecto político de la Gran Alemania, cuyas primeras formulaciones empiezan a perfilarse ya en la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente con la política expansionista de Bismark. Con las imposiciones fronterizas del Tratado de Versalles, este proyecto político será expresamente cuestionado, al frenar cualquier proceso de crecimiento del núcleo geopolítico germano. Como propuesta de superación de esta contradicción se formula el proyecto político nacionalsocialista, acompañado de un extraordinario desarrollo ideológico en el que se incluye, como un apartado relevante, la institucionalización de la geopolítica. En efecto, la creación, en 1924, de la *Revista de Geopolítica* y de la Asociación de Estudios de Geopolítica, del Instituto Geopolítico de Munich, con cátedra específica, y del Equipo de Trabajo de Heidelberg son los más importantes espaldarazos oficiales que recibe la disciplina, siendo K. Haushofer el *fürher* de la misma por deseo expreso de A. Hitler.

En esencia, la acción ideológica en este campo va a culminar con el desarrollo de la teoría geopolítica de la «sangre y el suelo», como factores indisolublemente unidos en la apreciación de los hechos históricos y políticos, fórmula que Haushofer convierte en irredentismo nacionalista y autarquía económica (Vicens Vives, 1ª ed., 1950, pp. 70-72). Y en la medida en que los geopolíticos alemanes consideraban el espacio vital como fundamento de una política expansiva de cualquier estado, se consumaba la apropiación, con fines políti-

cos y por vía ideológica, de un concepto que permitía justificar las «revindicaciones naturales alemanas» (Vicens Vives, 1981, p. 71).

Si en el caso de MacKinder lo que estaba en juego era el sistema imperial británico, para los geopolíticos alemanes se trataba de la construcción del Tercer Imperio, que ellos, y la élite política a la que servían, entendían como «el resultado de la revolución que Alemania todavía no tiene, como han tenido ya Inglaterra y Francia, y de ahí su mejor situación ante los acontecimientos» (Beneyto, 1972, p. 482). Cabe señalar, finalmente, que ambos planes de estrategia mundial eran incompatibles, toda vez que el espacio vital germano, en su elaboración conceptual definitiva, se identificaba con el *ekumene* conocido, a cuya cabeza figuraría el estado dirigente, que obviamente sería el alemán, con su epicentro en Europa central y rodeado de pequeños estados satélites. Estos serían aquéllos políticamente identificados como dictaduras militares, pronazis, liberales autoritarios o fascistas sin más, como era el caso italiano.

LAS PRIMERAS MANIFESTACIONES DE UNA GEOGRAFÍA POLÍTICA RENOVADA. INFLUENCIAS DE LA OBRA DE RATZEL

Si la geografía siempre se ha caracterizado por realizar labores de intendencia informativa al servicio del poder, ahora, en el contexto indicado de desarrollo del capital, se estrecha la colaboración. De esta complicidad surgen nuevas complicaciones y relaciones más íntimas entre el poder y la geografía, dando como fruto el nacimiento de la geopolítica. En los años veinte y treinta, en Europa se vive una fase de apología fascista, siendo éste el contexto político adecuado para la difusión del modelo de la geopolítica alemana. En España, políticos y militares, intelectuales en general y geógrafos en particular se muestran receptivos a las implicaciones y explicaciones nacionalistas dadas desde la geopolítica, entendida como nueva disciplina enraizada en la geografía política ratzeliana. En este contexto, los autores españoles empezarán a hacerse eco de las nuevas ideas que permiten hablar de una geografía política renovada, como eran la teoría biológica del estado, la teoría del espacio vital, los principios que definen la superioridad racial y la justificación de las expansiones territoriales.

Antes incluso de la difusión de la obra de Ratzel, el pensamiento geopolítico experimentó en España un desarrollo embrionario que posteriormente sería vigorizado por el conocimiento de los trabajos del citado geógrafo alemán. Con particular intensidad en las últimas décadas del siglo XIX, la ciencia geográfica cumple la función de legitimar la práctica colonial, entrando así a

formar parte de la compleja superestructura del fenómeno imperialista. Los servicios prestados se consideran de tanta utilidad que la relación entre geografía y práctica colonial se institucionaliza, surgiendo así en los años setenta y ochenta las Sociedades de Geografía, las Asociaciones Coloniales, las Conferencias y Congresos Geográficos Internacionales y el Instituto Geográfico. Consecuentemente, durante esos mismos años la preocupación esencial de los debates habidos en reuniones y juntas de la Sociedad Geográfica de Madrid, así como la de los trabajos publicados en las páginas de su *Boletín*, era la enseñanza de la geografía, junto con el análisis de problemas de geopolítica. (Sobre estos antecedentes, ver Hernández Sandoica, 1979, pp. 183-199).

En un contexto más amplio y sin la presencia aún de las influencias ratzelianas, el origen del pensamiento geopolítico en España no se habría producido al margen del fenómeno regeneracionista. En los últimos años del siglo, varios detonantes anuncian una profunda crisis que sólo marginalmente tiene algo que ver con una generación literaria. En el fondo se trataba de una ruptura del sistema ideológico de la Restauración, de una crisis profunda del sistema colonial español entendido como lo que era, como «un saneado sector de la acumulación primitiva de capital», y de una crisis estructural interna (Tuñón de Lara, 1986, caps. II y III). Frente a los «males de la patria», el programa regeneracionista pretendía reconstruir el sistema político y el propio sistema colonial. No iba más allá de un reformismo cómplice del sistema social imperante, ya que de lo que se trataba era de relegar a una minoría oligárquica en favor de una burguesía más amplia.

Para contribuir a la reconstrucción del sistema colonial, Joaquín Costa, uno de los representantes más cualificados del regeneracionismo, organiza, en 1883, el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, formándose en esta reunión la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas, con el objetivo de alentar la acción española en África y estudiar y vigilar la situación de «nuestras colonias», en un período en el que se decidían «los destinos de la raza española», según palabras del propio Costa (Hernández Sandoica, 1979, pp. 194-195 y Tuñón de Lara, 1986, p. 46). La relación con los «problemas de geopolítica», que tanto preocupaban a los miembros de las Sociedades Geográficas desde su fundación, era evidente.

Por otra parte, entre el pensamiento regeneracionista y el pensamiento geopolítico se puede advertir una relación de hermandad. Ambos son herederos o se nutren de las dos grandes corrientes ideológicas o/y científicas del siglo XIX: el positivismo y el evolucionismo. El resultado más evidente de esta influencia en el origen y desarrollo de la geopolítica será la formulación por los autores alemanes de la teoría biológica del estado. Por su parte, el regeneracionismo

se plantea esencialmente como una reacción frente a la decadencia o degeneración de España, identificando así un proceso biológico con un proceso histórico. Esto se debe, como indica Tuñón de Lara, a la influencia que en los regeneracionistas ejercía el «cienticismo» positivista por el cual se tendía a identificar los fenómenos biológico-naturales con los socio-históricos (Tuñón de Lara, 1986, p. 72).

En 1900 se crea en la Universidad de Madrid, con posterior ampliación a otros centros, la cátedra de Geografía Política y Descriptiva, que sería ocupada, en 1907, por Eloy Bullón. La titulación de «Política» se debe, según testimonios de A. Melón, al recuerdo o influencia del libro de Ratzel, *Geografía Política*.² Esta circunstancia no tendría mayor relevancia si no demostrara la existencia de dos opciones en la geografía española que llegarían a convertirse en dos grandes corrientes ideológicas y metodológicas. La opción «política» representaba los primeros frutos de la difusión de la doctrina de Ratzel en España; mientras que la «descriptiva», identificada con la escuela francesa, pretendía «adecuarse a un contenido desapasionadamente geográfico y ortodoxo, dando carácter oficial a una geografía de tipo universal, objetiva, válida e indiscutible para todos y lejos de propagandas sectarias y nacionalistas» (Melón, 1957, pp. 232-233).

Como es sabido, en España llega a triunfar definitivamente, en los años cuarenta, la escuela francesa con su metodología regionalista, imponiendo la elaboración de síntesis regionales carentes de capacidad para comprender fenómenos globales por operar sobre conjuntos socioespaciales inadecuados. La opción política seguiría un desarrollo casi paralelo a la anterior si consideramos —como se hace en los epígrafes siguientes— la obra de algunos geógrafos de prestigio; pero en realidad esta tendencia no pasará de tener una existencia marginal. ¿Por qué? Por una parte, las discusiones y propuestas en torno a la geopolítica suponían de hecho renovar la discusión epistemológica sobre la

2. La obra *Politische Geographie* de F. Ratzel se publicó por primera vez en Munich-Berlín en 1897. Un año más tarde, P. Vidal de la Blache escribe el artículo titulado «Le géographie politique à propos des écrits de M. Frédéric Ratzel», *Années Géographiques*, t. VII, París, 1898. Sin duda, la obra de Ratzel había despertado un gran interés en el ámbito de la ciencia geográfica y en el de otras disciplinas que se ocupan del Estado y de la política. En España, además de la influencia ejercida en la denominación de las cátedras de Geografía Política creadas desde 1900, algunos geógrafos, como Eloy Bullón, conocían perfectamente la obra de Ratzel. Eloy Bullón —dice A. Melón— pudo haberse convertido en el «maestro de la doctrina ratzeliana... y crear un discípulo en trance de hacer una geopolítica al estilo alemán u otra de estilo español...» (Melón, 1957, pp. 232-233). Pero la orientación de la geografía oficialista siguió por otros derroteros. En 1903 aparece la segunda edición de la *Politische Geographie* de F. Ratzel.

geografía. Hasta tal extremo era importante la cuestión que se debatía, que varios autores –por ejemplo, Vicens Vives (1940), Melón (1941) y Martínez Val (1942)– afirmaban que el desarrollo de la geopolítica implicaba la elaboración de una alternativa a la geografía. Esta se iba a ver desbordada en sus planteamientos dominantes por un nuevo discurso que englobaba aspectos históricos, económicos y políticos de la realidad. Se trataría, por tanto, de una geografía politizada. Por otra parte, los responsables del nuevo régimen español surgido de la guerra civil piensan en una geografía que defienda y justifique la realidad del nuevo régimen, y así lo hizo notar el propio Franco en el prólogo por él firmado en la obra del teniente coronel José Díaz Villegas: *Geografía Militar de España, países y mares limítrofes* (1939, 2.ª ed., pp. XV-XIX).³ Pero no les interesa en absoluto potenciar el desarrollo de una disciplina politizada que sea capaz de comprender esa misma realidad. La solución estaba en cortar o sesgar el avance de la geopolítica e institucionalizar la geografía regional. (Véase, a propósito, Capel, 1976).

Con este desenlace en los años cuarenta, la geopolítica quedaba en vía muerta después de haberse iniciado con el siglo la difusión de la obra de Ratzel entre las diferentes comunidades de geógrafos. En España se observa una gran diferencia en los planteamientos y definiciones que sobre la Geografía Política se hacen antes y después de esos años del cambio de siglo, en los que se llega a una primera elaboración del pensamiento geopolítico. Citando tan sólo un ejemplo, en la *Geografía Comparada* de Félix Sánchez y Casado, publicada en 1884 (9ª ed.), el capítulo dedicado a la Geografía Política carece de interés, no tanto por su brevedad como por su contenido, ya que en unas simples notas trata, con criterios exclusivamente taxonómicos, de muchos temas sin relación alguna entre ellos. En no más de diez páginas pasa revista el autor a las formas de organización de la sociedad, principales fuentes de riqueza, clasificación de los pueblos según el grado de su civilización, religiones, idiomas y formas de gobierno (Sánchez Casado, 1884, pp. 135-144). Ninguna relación, pues, entre el espacio y el ejercicio del poder.

Sin embargo, el concepto de geografía que desarrollan geógrafos como Gonzalo de Reparaz Rodríguez, Emilio Huguet del Villar y Leonardo Martín Echevarría, entre otros, tiene muy poco que ver con los planteamientos he-

3. A principios de 1936 esta obra había terminado de imprimirse en la Imprenta y Talleres del Ministerio de la Guerra. Sin embargo, no salió publicada hasta 1939. Este aplazamiento se debió, según explica el propio autor en el *Post Scriptum* de la 2ª edición de 1939, a que él mismo se negó, ante los requerimientos del ministro de la guerra, Casares Quiroga, a retirar el prólogo firmado por el general Franco (ver p. XXI).

chos por F. Sánchez Casado. La diferencia estriba en que estos geógrafos, cuya obra de madurez aparece a lo largo del primer tercio del siglo XX han asumido los principios ratzelianos sobre los fundamentos geográficos de la práctica política, vivificando así una rama del tronco de la geografía que se encontraba en vía muerta, cual era la geografía política y a su vez la geopolítica. En los epígrafes siguientes he pretendido comprobar estas afirmaciones mediante el estudio de algunas obras de los tres geógrafos citados.

Con ello intento hacer una breve incursión en el complejo origen y desarrollo del pensamiento geopolítico en España, siguiendo en parte una línea de investigación abierta recientemente y en la que se deben destacar varios trabajos de J. Bosque Maurel y colaboradores, entre ellos uno pionero: *Geografía política, Geopolítica y Geografía militar* (Bosque *et al.*, 1984) y otro expuesto recientemente como ponencia en el V Coloquio Ibérico de Geografía (Bosque, 1989).

EL PENSAMIENTO GEOGRÁFICO DE GONZALO DE REPARAZ RODRÍGUEZ Y SU PROYECCIÓN POLÍTICA

La especialización profesional de Gonzalo de Reparaz Rodríguez, como geógrafo y periodista, le dio amplias facilidades para la divulgación de los profundos conocimientos geográficos que poseía. Impartió cursos especiales de Geografía económica en varios países y participó activamente en la fundación de la Sociedad de Geografía Comercial de Oporto y en la organización del primer Congreso de Geografía Colonial y Mercantil. Contrastada su competencia profesional en materia geográfica, forma parte de varias comisiones oficiales. Como miembro de una de ellas viaja por varios países europeos, incluido Alemania, a la vez que trabaja durante varios años al servicio del Gobierno para la redacción de los Tratados de Marruecos. En 1907 se publica la primera edición de su obra *Política de España en África*, trabajo que resume las líneas maestras de su pensamiento geográfico, así como la proyección política del mismo aplicada a la expansión colonial española en el norte de África. Como prueba de ello, en ese mismo año Gonzalo de Reparaz Rodríguez es enviado por el gobierno de Antonio Maura en comisión especial con el encargo de estudiar la penetración colonial de España en Marruecos (Reparaz Rodríguez, 1924, p. 5).

Esta obra de Gonzalo de Reparaz Rodríguez provocó una gran polémica en los ambientes intelectuales y políticos españoles, no reeditándose hasta 1924, cuando quince años antes el autor ya tenía preparada una segunda edición y al

parecer con la aprobación gubernativa. Reparaz criticaba con dureza la política exterior española desde el siglo XVI, calificando de «calaveradas ultramarinas, fecundas en glorias y estériles en provecho» el mal negocio que España hizo apartándose de las costas orientales del Atlántico. Años más tarde, en otra de sus obras, *Historia de la colonización*, seguirá insistiendo en este mismo planteamiento cuando afirma que la colonización española en América fue «una aventura livianamente emprendida... (una) improvisada empresa que decidió la suerte de la nación desviándola de la ruta hacia la que la Geografía parecía empujarla...» (Reparaz Rodríguez, 1933, p. 5). De esta forma, el desenlace de la guerra de Cuba suponía el final de un camino erróneamente recorrido y de una misión colonizadora perjudicial para España –aunque beneficiosa para la civilización y para la humanidad– al impedir la unidad de todos los reinos españoles en un sólo y su expansión por África. África es para este geógrafo el ámbito de «expansión natural» de los reinos peninsulares. Esta convicción sobre la política exterior española le puso en contacto con intelectuales, políticos y militares que se pueden denominar africanistas. Participó a la vez con gran actividad en misiones de intendencia informativa al servicio del gobierno, como labor previa a la ocupación proyectada sobre el norte de África cuando «sonare la hora de la liquidación del imperio marroquí». Fue secretario de la Comisión de Exploraciones de la Sociedad Africanista.

En términos geopolíticos, el propósito que trata de justificar en su obra es el siguiente. Puesto que a lo largo del siglo XIX la pérdida del imperio español ultramarino ha sido irreversible, se podía haber fundado una *nueva España* en África. Esto no se hizo, aunque aún es tiempo para iniciar la que Reparaz denomina «misión africana» que saque a España del aislamiento y la rehabilite para «participar en la obra civilizadora moderna en colaboración con las naciones poderosas». Se trata, por lo tanto, de un gran objetivo político que el autor intenta justificar recurriendo a los fundamentos geográficos de inspiración ratzeliana. Veamos los puntos básicos de su razonamiento.

En primer lugar, Reparaz conoce y asume los principales enunciados de la concepción biológica del estado. A propósito dice que «las naciones son órganos de la Humanidad, a quienes la Providencia tiene confiados destinos históricos adecuados a la condición de cada una, y cuando una nación no tiene misión que cumplir se atrofia y desaparece como órgano inútil. No sé que España goce de ningún privilegio que la ponga por encima de esta ley biológica, y por eso estoy persuadido de que si en vez de emprender la tarea que le corresponde, se encierra en sí misma, vendrá la atrofia sin remedio y tras ella la muerte» (Reparaz Rodríguez, 1924, p. 8). Enunciado el objetivo de la «misión africana» y asumida la concepción orgánica del estado que justifica cual-

quier política de expansión territorial, el siguiente paso que da Reparaz es identificar a Marruecos con una España africana, con una prolongación del territorio nacional. En una precisión de lo que sería el «espacio vital» español demandado en el norte de África señala: «Marruecos era, de Argelia al Atlántico y del Mediterráneo al Atlas, una prolongación del territorio nacional, una España africana; ¿cómo íbamos a ceder parte de nuestra tierra al extranjero?» (ibíd., p. 427).

La política a seguir aparece formulada con toda nitidez, aunque para su aplicación se reconoce la existencia de un serio obstáculo; no es otro que la denominada «disolución orgánica de la sociedad peninsular». Reparaz habla de «dos imperios españoles»: el portugués, o hispano-oriental, y el castellano, o hispano-occidental. Con ello quiere decir que la separación de Portugal supuso la ruptura de la unidad nacional, ocasionando graves perjuicios a la defensa marítima de la Península y a su expansión territorial. «El inconveniente geográfico de la división de la costa por la interposición de Portugal fue, es y será causa de irremediable flaqueza», concluye (ibíd., p. 22). Como veremos, otros geógrafos también lamentaron en parecidos términos la división peninsular en dos Estados, si bien —creo— no con la suficiente vehemencia como para pensar que detrás de tales manifestaciones se escondía el planteamiento de una cuestión pendiente.

Siguiendo con las justificaciones enraizadas en las premisas de la geografía ratzeliana, Reparaz habla de España como de un cuerpo nacional vivo, lleno de posibilidades latentes y en el que no se han agotado los «espíritus emprendedores e inquietos». No falta, apostilla, «vigor a la raza», con lo cual se justificaba cualquier «salida» protagonizada por los diferentes pueblos peninsulares para «liberar energías». Cualquier habitante de la Península podría establecerse sin problemas de aclimatación en la zona del Rif, y especialmente los levantinos, andaluces y canarios estaban en condiciones de habitar más hacia el sur y en todo el Sáhara sin la menor dificultad. No existiendo impedimentos geográficos que obstaculicen la acción política, sino todo lo contrario, concluye Gonzalo de Reparaz Rodríguez que «para su acción africana tiene España elementos propios de gran poder, que sólo están pidiendo una voluntad que los mueva metódica y perseverantemente, para producir grandes resultados» (ibíd., p. 451).

El carácter orgánico del estado y el vigor de la raza conducen irremediablemente, en el encadenamiento de justificaciones de la política española en África, a plantear sin inhibición alguna la necesidad de un «nuevo espacio vital». Reparaz en este punto se muestra con toda claridad como lo habían hecho y lo seguirían haciendo los geógrafos mullidores del nacionalismo ale-

mán. España —dice—, por obra de la naturaleza, es una tierra necesitada de expansión: «nuestra patria es deforme, está incompleta, y necesita absolutamente, si ha de vivir, completarse y adquirir por expansión los elementos de que dentro del territorio peninsular carece». La parte central del territorio, la meseta castellana, con un clima continentalizado, despoblada e inaccesible, es el «hueso de la nación envuelto en una capa carnosa de regiones vitales, fecundas, pobladas y en comunicación con el mundo». Esta especie de irredentismo inverso lleva al autor a identificar a Castilla con España cuando califica a ésta de «nación pobre porque ninguna de las grandes arterias por donde circula la vida del globo la cruza fecundándola y robusteciéndola, y porque carece de actitud natural para ser afluyente de las que pasan tocando a sus costas» (ibíd., pp. 459-460). La conclusión de este diagnóstico es que para conseguir una España mayor, fuerte y con elementos de poder que le permitan desarrollar un plan de vida propio y participar en el sistema de relaciones exteriores, será necesario «asegurar el espacio que hemos de necesitar para vivir..., a la vez que disponer del espacio suficiente para mejorar nuestros medios propios de defensa, sobre todo los marítimos, que son los más necesarios y los que más urgen» (ibíd., pp. 454-456). Éstas eran las ventajas que España esperaba obtener del reparto de influencias territoriales que Francia e Inglaterra negociaron para el norte de África entre 1902 y 1906.

En estos términos se concreta el programa de geopolítica positiva elaborado por Gonzalo de Reparaz Rodríguez. El calificativo de positiva, aplicado por el propio autor, tanto a la política como a la geografía, no pretende sino reflejar el carácter determinante que las realidades geográficas tienen frente a los idearios en la conducción de la política. Toda una demostración, pues, de la influencia que los planteamientos ratzelianos habían ejercido en este geógrafo directamente vinculado, al menos durante algún tiempo, al gobierno español. La incorporación a su discurso de teorías y conceptos específicos, desarrollados en el seno de la geopolítica alemana —como la concepción orgánica del estado, la teoría del espacio vital, el desarrollo racial y la expansión territorial—, demuestran que estamos ante uno de los principales y quizás primeros seguidores en España de la obra de Ratzel.

EL FACTOR GEOGRÁFICO Y EL POTENCIAL ÉTNICO EN LA OBRA DE EMILIO HUGUET DEL VILLAR

Desde muy joven la actividad profesional de E. Huguet del Villar se centró en el estudio y enseñanza de la geografía y la historia, dedicándose en una se-

gunda etapa de su vida, comprendida entre 1900 y 1915, a realizar investigaciones en geografía y en ciencias naturales, a la vez que desarrollaba una intensa labor de divulgación de sus estudios con colaboraciones en múltiples publicaciones periódicas. Es en estos años cuando se manifiestan en su obra las concepciones y métodos que orientarán en el futuro su intensa labor de investigación geográfica (Ver en Melón, 1951, pp. 815-818 una breve nota bibliográfica y en Martí Henneberg, 1984, un amplio estudio sobre su labor científica). Partiendo de la consideración de la geografía como la ciencia que estudia las relaciones hombre-medio, se cuestionaba, a principios del siglo XX, su unidad debido a la amenaza de absorción de su campo de estudio por las ciencias físico-naturales y por las humanas. La salida que propone E. Huguet del Villar contempla el estudio por separado, bajo el común denominador de la localización e interconexión, de los fenómenos físicos y humanos, logrando así el objetivo final de la geografía: «la aprehensión armónica y global de la realidad sensible en la superficie de la tierra». Su metodología consiste en analizar, en primer lugar, la influencia del factor geográfico en la vida humana, considerando a continuación la influencia que la libre acción del hombre pueda tener en la realidad social (Martí Henneberg, 1983, pp. 8-9). De esta forma la geografía podía mantener un estatus de ciencia de síntesis general del mundo en medio de la progresiva especialización seguida por el resto de las ciencias.

Estos planteamientos sobre la disciplina geográfica, de alguna forma se verán reflejados en la evolución de su propia labor investigadora. La aparición, en 1915, de su trabajo *La definición y divisiones de la Geografía dentro de su concepto unitario actual*, supone la fijación de las concepciones generales imprescindibles para orientar cualquier trabajo a largo plazo. Durante estos años realiza investigaciones específicas sobre el factor geográfico, bajo la premisa de que su influencia explica el desarrollo cultural y económico de las naciones. A este plan corresponden: los trabajos iniciados sobre geobotánica de la Península Ibérica que culminarían con la publicación de su obra *Geobotánica* (Huguet del Villar, 1929); las investigaciones sobre geomorfología de las cuales se derivó el descubrimiento del glaciario de la Cordillera Central y, sobre todo, los estudios emprendidos en los años veinte sobre la ciencia del suelo o edafología. Fue precisamente la geoedafología la que ocupó sus años de madurez como investigador y la que le otorgó reconocimiento y competencia internacional. Ocupó varios cargos en organismos oficiales de investigación y en instituciones científicas, a la vez que mantenía una intensa relación internacional a través de congresos y como participante destacado en la elaboración del Mapa de Suelos de Europa. Fruto de esta in-

tensa labor de investigación es su obra de reciente publicación *Geo-Edafología*, en la que expone un método universal de clasificación de suelos y consecuentemente de complejos geográficos (Huguet del Villar y Martí Henneberg, 1983).

Pero la parte de la obra de E. Huguet del Villar que mayor interés tiene para el desarrollo de este trabajo es aquella que muestra unas evidentes conexiones temáticas e interpretativas con la geografía política alemana y en particular con la obra de Ratzel. En 1914 publicaba varios artículos con el título *El factor geográfico y el gran problema de España*, dejando constancia de la importancia del factor geográfico en la explicación del desarrollo de la vida humana sobre la tierra. Este trabajo de reimprimió en varias ocasiones desde 1914 (Huguet del Villar, 1969), debiendo entender su amplia difusión por la facilidad con que, a partir de la particular valoración geográfica que hace de España, se pueden justificar diferentes realidades sociales y programas políticos, dejando siempre a salvo la «libre acción humana».

Las ideas-guía que sustentan todo el entramado argumental que el autor dedica a ponderar la influencia del factor geográfico en la vida de los pueblos, están inspiradas en la geografía política alemana. Los fenómenos sociales sólo pueden explicarse por dos factores: el hombre y el medio. Al hombre, en cuanto ente psicológico y social que es, sólo se le conoce por sus hechos, y ahora por lo que se pregunta es por la causa de esos hechos. De ahí que el factor hombre sea para E. Huguet del Villar el más oscuro. Sin embargo, podemos conocer muy bien el factor geográfico y llegar a la formulación de leyes generales que expliquen su influencia sobre la vida humana. Hay que partir entonces de la imposibilidad de interpretar el elemento humano por sí mismo.

Para explicar las causas que producen lo que en los años iniciales del siglo XX se conocía como el gran problema de la decadencia e inferioridad de España, E. Huguet del Villar analiza dos conceptos: el factor humano, considerado como valor o potencial étnico, y el factor geográfico, a partir del cual desarrolla la doctrina del valor ecético. Por valor ecético entiende la potencialidad económica, en recursos evaluables, del factor geográfico. Como el factor humano es susceptible de ser evaluado siguiendo métodos estadísticos rigurosos, era posible llegar a comparar para cualquier país el equilibrio existente entre ambos factores. Veremos cómo E. Huguet del Villar emplea éste en apariencia ofensivo método de análisis de la realidad geográfica para comprender y justificar las prácticas más conflictivas de las relaciones internacionales: mantenimiento de colonias, migraciones, movimientos de fronteras, expansiones territoriales, etc.

E. Huguet del Villar reprocha a políticos y sociólogos el desdén que han manifestado por el factor geográfico, cuando han tratado de explicar el desarrollo intelectual y económico de España, y por lo mismo no acepta que se explique su decadencia por la indolencia o inferioridad del español frente a otros pueblos considerados más laboriosos y superiores intelectualmente. Su tesis es la siguiente: el gran problema de la decadencia e inferioridad de España está determinado por el factor geográfico. España –dice– «es un país de escasa población y escaso poder económico y político, en el presente, porque dentro de la tecnología moderna su territorio sólo ofrece condiciones mediocres para satisfacer las necesidades vitales» (ibíd., p. 91). En general los suelos son pobres; las lluvias escasas y mal repartidas, hasta el punto de aparecer en la Península zonas áridas; abundan los minerales metálicos pero escasea el carbón, a cuyas cuencas se asocia el desarrollo industrial, escasean las praderas, dándose una producción de intensidad escasa para cereales y pastos: «los dos productos vegetales que representan el máximo de la potencia económica» (ibíd., p. 92). Además, la configuración del relieve impone una red de transportes deficiente, con el agravante de que no existe navegación interior. El tráfico portuario choca con el inconveniente de una línea de costa muy maciza, salvo en el noroeste, «acabando de contribuir a restar a España desarrollo de costa, la independencia política de Portugal» (ibíd., p. 94). Portugal –sigue diciendo– «ocupa el litoral peninsular de acceso más suave, el más inmediato a los países más ricos y a la zona atlántica de gran tránsito entre éstos» (ibíd., p. 93). Por el contenido y contexto de estas afirmaciones que E. Huguet del Villar hace sobre Portugal podemos suponerlas cargadas de intenciones, al presentar al vecino país como un obstáculo interpuesto en el desarrollo territorial del Estado español o hispano.

Se trata, por tanto, de un factor geográfico muy mediocre que influye sobre la vida económica, intelectual y política. Así se explica que los países mal dotados, como España, se hayan manifestado atrasados según ha ido avanzando el progreso científico-industrial. «Para desarrollarse aquí la intensa vida económica que aparece en Alemania, Inglaterra, Holanda... sería preciso que el factor humano fuera de una superioridad extraordinaria; sólo poblado por verdaderos superhombres podría desarrollarse en nuestro territorio la actividad y la riqueza que en las naciones mencionadas» (ibíd., p. 94).

De este diagnóstico se pueden extraer dos conclusiones: 1.ª Lejos de explicar la inferioridad y decadencia españolas por el factor humano, aparece rehabilitado el valor étnico del pueblo español. 2.ª La disposición de suelo que, cualitativamente considerado, tiene España en la Península no permite competir en las relaciones internacionales con otras potencias.

¿Qué hacer entonces? Para una persona como E. Huguet del Villar, adherido al movimiento regeneracionista, y con actitudes científicas ancladas en el positivismo y en el evolucionismo, la solución ya se la habían dado sus colegas de la geografía alemana. En efecto, no sería difícil reconocer que ésta es la procedencia del tipo de soluciones políticas y geopolíticas que propone. La consigna no es otra que la adquisición de nuevos territorios, salvo que todo se confíe a la emigración o se abandone al fatalismo. No obstante, también propone hacer algún tipo de intervención que perfeccione el factor humano; concretamente, se muestra partidario de modificar la estructura de la propiedad de la tierra con el siguiente criterio: suprimiendo a los propietarios ociosos que cobran su renta sin ningún beneficio para la colectividad y nacionalizando la tierra o aplicando el impuesto único. Así justifica esta medida: «En los países donde el trigo da 22 quintales métricos por hectárea, pueden sostener este lujo de unos terratenientes inactivos y ricos. Pero en España la tierra no da más que para el productor y la colectividad» (ibíd., p. 98). El productor no es otro que el agricultor, el trabajador directo de la tierra; la colectividad es o está representada por el Estado; quien sobraba, pues, era el propietario absentista.

La propuesta más dura, que en términos geopolíticos hace E. Huguet del Villar para solucionar el problema de la inferioridad del factor geográfico, es la de reivindicar más territorio. El siguiente texto sintetiza con toda claridad sus planteamientos en este sentido: «Siendo España poco habitable y superando por consiguiente el desarrollo vegetativo de la población a la capacidad económica del país, España necesita ante todo y por encima de todo más territorio. Sólo así podría evitar la emigración y aprovechar toda su potencia étnica» (ibíd., p. 98). A la vez critica con dureza a todos aquellos —escritores, gobernantes, hombres públicos— que siguen el camino opuesto; es decir, el de favorecer y tolerar la emigración sin poner remedios para evitarla, negándose incluso a la adquisición de nuevos territorios, y el de justificar el atraso de España por la indolencia de la raza.

Si se justifica el porqué de la necesaria expansión territorial, era preciso a continuación concretar hacia dónde. Las largas etapas que E. Huguet del Villar pasó en el norte de África, realizando sus investigaciones edafológicas, debieron convencerle de que ésta era el área más conveniente para proyectar dicha expansión territorial. Lo cierto es que «defendió el intervencionismo español en la zona, con el respaldo militar si fuera preciso, ya que consideraba el N-W de África como la vía natural de expansión económica y cultural de España» (Martí Henneberg, 1983, p. 6). Son, por tanto, razones económicas de

fondo las que aconsejaban esta directriz expansiva, ante la perspectiva de aumentar el valor ecético del territorio español.

Por otra parte, si consideramos que puede existir alguna relación entre la política exterior de un país y su posición geográfica, la teoría geopolítica nos habla de tres tipos de tendencias (Marini, 1980, T.I., pp. 98 y ss.), todas ellas de sumo interés desde el punto de vista estratégico para el gobierno español: la tendencia a la expansión del litoral marítimo —recuérdese el «déficit» de costa apropiada para el tráfico comercial señalado por E. Huguet del Villar—; la tendencia al dominio de las grandes rutas marítimas —la que pasa por el Estrecho de Gibraltar sin duda lo es—, y la tendencia a ocupar las costas opuestas —en la proyección española hacia el sur, las de Marruecos. Finalmente, a las razones económicas y estratégicas, E. Huguet del Villar añade las raciales para justificar que el noroeste de África sea la «vía natural de expansión» de España. «Es un hecho científicamente demostrado que entre la población de España y la de Marruecos hay una marcada fraternidad antropológica; en uno y otro país la raza iberoafricana, más o menos mezclada con semitas, constituye el fondo» (ibíd., p. 87).

De la identificación de un fondo racial, el iberoafricano, a la propuesta de creación de un nuevo imperio, el iberomagrebí, sólo existía un paso; paso que sería dado por algunos militares al comenzar los años cuarenta, cuando sin duda ya habían tenido tiempo de familiarizarse con una de las definiciones de Estado más repetida por Hitler, la de «organismo viviente para la conservación y el crecimiento de una raza» (Hitler, 1984, p. 145).

La proyección geopolítica de algunas obras de E. Huguet del Villar es evidente. Las razones que alega y las conclusiones a las que llega, sobre la futura expansión territorial del Estado español, parecen estar a medio camino entre los primeros fundamentos de la geografía política alemana y las reelaboraciones que dieron lugar a la geopolítica nazi. Se enraizan en la primera y anuncian la segunda.

LAS IDEAS DE MARTÍN ECHEVERRÍA SOBRE EL ESTADO COMO ORGANISMO SOCIAL ASENTADO EN UN TERRITORIO

L. Martín Echeverría fue uno de los escasos geógrafos que en España comenzaron el estudio y la divulgación de la geografía política en los años veinte. El contacto con geógrafos franceses, y en particular con los geógrafos alemanes de la escuela de Ratzel, facilitó el conocimiento de las nuevas ideas que tanto interés habían despertado a raíz de la publicación de su *Geografía Políti-*

ca, considerada como el principal núcleo creativo del moderno pensamiento geopolítico. Las relaciones de L. Martín Echeverría con la geografía alemana fueron muy fluidas, ya que aparece como el principal traductor de *Geografías* de autores alemanes para su publicación en la editorial Labor, desde finales de los años veinte. Entre otros trabajos de menor interés para el tema que aquí se trata, tradujo del alemán la *Geografía Política* de Arthur Dix (1943), autor que pasa por ser uno de los más fieles seguidores e intérpretes de la obra de Ratzel. Esta obra fue publicada por primera vez en España en 1929, acompañando al texto original anotaciones complementarias de gran valor explicativo, que L. Martín Echeverría introduce para facilitar al lector la comprensión con criterio geográfico de los problemas más graves y delicados de la política internacional. En una *Introducción* paralela a la que hace el autor del libro, L. Martín Echeverría destaca el hito que supuso la obra de Ratzel en la concreción del pensamiento geopolítico al considerar al Estado, integrado por una población y un territorio, como un conjunto social activo cuyo devenir es susceptible de explicación científica y razonada. Destaca también las definitivas aportaciones de R. Kjellen dando lugar a la creación de una nueva ciencia, la *Geopolítica*. Fue precisamente esta nueva dimensión de la realidad política, la valoración del estado como «un concepto geográfico, como una fuerza social y económica que gravita sobre el suelo y vive en un ambiente determinado» (Martín Echeverría, 1943, p. 14), lo que produjo una fuerte resonancia entre los geógrafos de muchos países.

Aparte de estas anotaciones a la obra de A. Dix, en las que L. Martín Echeverría manifiesta una evidente simpatía por la obra de Ratzel, en su obra *Geografía de España*, publicada por primera vez en 1928, sigue un plan de articulación de contenidos y de exposición temática de innegable filiación ratzeliiana. Las áreas temáticas claves son: el territorio, la población, las razas, el estado y los recursos (agricultura, ganadería, minas, industria, comercio, Martín Echeverría, 1937). Sin embargo, la concepción general de la obra gira en torno a un planteamiento nuclear: el Estado español como sujeto geográfico susceptible de análisis.

Bajo el supuesto de que los elementos naturales son principios explicativos en la Geografía Política, considera que la formación y evolución del estado está determinada por las condiciones físicas, dependiendo más de circunstancias históricas su prosperidad o decadencia. Resume la concepción geográfica del estado con la siguiente afirmación: «Existen relaciones íntimas entre el carácter natural del territorio y el modo de ser del Estado, porque al fin y al cabo éste es un organismo social fundado sobre el espacio» (ibíd., p. 137). Esta afirmación tiene un carácter teórico de no fácil contraste con la realidad española.

L. Martín Echeverría reconoce que las tendencias al fraccionamiento político que se han observado en la historia de la Península han sido facilitadas o impuestas a veces por la geografía, con lo cual se rompería esa relación íntima, de derivación espontánea en términos teóricos, entre el carácter natural del territorio y el modo de ser del estado. En efecto, el Estado español ha sido ante todo «espíritu de organización» frente a tendencias centrifugas—respecto del centro geopolítico de la gran meseta castellana—, identificándose su fortaleza como Estado con el mantenimiento de la unidad nacional frente a separatismos y patriotismos locales. Se puede entender, entonces, que hay una contradicción entre los fundamentos geográficos peninsulares y una concepción unívoca del Estado.

L. Martín Echeverría es consciente de esta contradicción, de ahí que intente explicarla. Para ello recurre al concepto de «Estado complejo» acuñado por C. Vallaux. El estado español sería un Estado complejo al superar su espacio el medio millón de kilómetros cuadrados y disponer por lo tanto de «una superficie bastante grande para que las ventajas e inconvenientes se compensen y exista diversidad regional...» (ibíd., pp. 137-138). De esta forma, la división natural del suelo que aparece en la Península y la correspondiente diversidad regional que de ella se deriva, se convierten en un óptimo geográfico para la formación y desarrollo del Estado español, cuya misión primera como tal Estado será la de la coordinación de partes mediante la unidad política.

A propósito de la unidad política, L. Martín Echeverría plantea la cuestión de Portugal en términos similares a como lo habían hecho E. Huguet del Villar y G. de Reparaz Rodríguez. La Península es considerada como una única realidad geográfica que está dividida políticamente; afirmación ésta que en el campo de la geopolítica se puede considerar como poco discreta, cuando no polémica. Máxime cuando sigue diciendo que Portugal es una de tantas regiones periféricas que aparecen adosadas a la Meseta central, el solar—recordémoslo— del núcleo geopolítico castellano en expansión desde finales de la Reconquista. Si ha podido mantener su independencia ha sido por su expansión marítima, causa y consecuencia a la vez de la creación de una gran fuerza naval, y por el apoyo que tradicionalmente ha recibido de Inglaterra, siempre interesada en mantener una Península Ibérica políticamente dividida. L. Martín Echeverría concluye este breve alegato nostálgico en contra de la división política de la Península diciendo que Portugal, que había surgido en la Reconquista como uno de tantos estados peninsulares, «ocupa respecto de España una posición análoga a la de Holanda con relación a Alemania» (ibíd., p. 144). Esta comparación carece de toda discreción política, ya que está hecha coincidiendo con el período álgido de elaboración de la geopolítica

nazi. Las tres primeras ediciones de la *Geografía de España* de L. Martín Echeverría están fechadas en 1928, 1932 y 1937.

En un análisis sobre los fundamentos geopolíticos del estado, no podían faltar las consideraciones sobre la especificidad racial. Ésta se logra —afirma— una vez concluida la Reconquista; cuando España aparece constituida como nación «fuerte, próspera y regularmente populosa». No obstante, antes fue necesario asegurar la «coherencia de la población», expulsando, por motivos aparentemente religiosos, a «algunos elementos irreductibles». Fue entonces cuando se rompió el aislamiento y se inició la expansión, alentada por los intereses políticos de la casa de Austria, aunque fundamentada en la «vitalidad racial». El resultado fue que «millares de españoles marcharon a América, y allí desplegó la raza todas sus virtudes, en un escenario mucho más rico y más vasto que toda Europa (ibíd., p. 128). Pero, como ya conocemos, a medida que se consumaba la desaparición total del imperio colonial ultramarino, va surgiendo el grupo de africanistas que justifican nuevas vías de proyección de la política exterior española y de desahogo para la «vitalidad de la raza». También L. Martín Echeverría se suma a este grupo y a este discurso, esgrimiendo argumentos que ya habían repetido los geógrafos precedentes. «La psicología de la raza y el suelo mismo son muy parecidos a la población y al territorio del norte de África» (ibíd., p. 139). Razón suficiente para alentar cualquier acción geopolítica en esta zona.

La presencia de las ideas de la geografía política de Ratzel en la geografía de L. Martín Echeverría es indiscutible. La definición del estado, en cuanto concepto principal de la Geografía Política, como «organismo social fundado sobre el suelo» refleja una relación de parentesco en primer grado. Aunque en su obra, la adaptación de conceptos generales a la realidad española se hace sin radicalismos y sin proferir proclamas agresivas; sin embargo, cualquier proyecto político radical, autoritario y expansivo, encontraría argumentos y apoyos en sus análisis geográficos. Ideas clave que salpican su discurso, como el «Estado complejo», la «expansión natural» o el «despliegue de la raza» podían interpretarse como justificaciones para cualquier política seducida por el lema de la «sangre y el suelo», inspirador de la geopolítica nazi.

BIBLIOGRAFÍA

- ATENCIO, J.E. (1975), *Qué es la geopolítica*, Buenos Aires, Editorial Pleamar.
 BENEYTO, J. (1972), *Historia geopolítica universal*, Madrid, Editorial Aguilar.

- BOSQUE MAUREL, J. et al. (1984), «Geografía política, geopolítica y geografía militar en España (1940-1983)» en Acta, Ponencias y Comunicaciones, II Coloquio Ibérico de Geografía, 1983, Universidad de Barcelona, pp. 45-55.
- BOSQUE MAUREL, J. (1989), «Geografía política y geopolítica en España» en *V Coloquio Ibérico de Geografía*, Universidad de León, 1989 (en prensa).
- CAPEL, H. (1976), «La geografía española tras la guerra civil», *Geo-Crítica*, n.º 1.
- CAPEL, H. (1981), *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*, Barcelona, Editorial Barcanova.
- CHIVITE FRANCÉS (1944), «Geopolítica. Ensayo», *Revista Ejército*, n.º 53, pp. 25-30.
- DÍAZ VILLEGAS, J. (1939), *Geografía Militar de España, países y mares límites* (con prólogo del general Franco), Madrid, Servicio Geográfico y Cartográfico del Ejército, 2.ª edición.
- DIX, A. (1943), *Geografía Política*, Barcelona, Editorial Labor, 1.ª edición, 1929.
- HAUSHOFER, K. (1986), *De la géopolitique*, París, Librairie Arthème Fayard.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1979), «La ciencia geográfica y el colonialismo español en torno a 1880», *Revista de la Universidad Complutense*, n.º 116, pp. 183-199.
- HITLER, A. (1984), *Mi lucha*, Barcelona, Editorial Antarbe.
- HUGUET DEL VILLAR, E. (1929), *Geobotánica*, Barcelona, Editorial Labor.
- HUGUET DEL VILLAR, E. (1969), «El factor geográfico y el gran problema de España», en J. VELLARDE FUERTES: *Lecturas de economía española*, Madrid, Editorial Gredos, pp. 82-98.
- HUGUET DEL VILLAR, E. (1983), *Geo-Edafología* (Edición e Introducción de J. MARTÍ HENNEBERG), Ediciones y Publicaciones de la Universidad de Barcelona, Colección Geocrítica-Textos de Apoyo.
- JOVELLANOS, G.M. (1963), «Discurso sobre el estudio de la geografía histórica», *Obras de (...)*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 46, pp. 325-329.
- KINDELÁN DUANY, A. (1941), «Tiempos inciertos. España y el momento», *Revista Ejército*, n.º 14, s.p.
- LACOSTE, Y. (1986), *La enseñanza de la geografía*, Salamanca, Instituto de Ciencias de la Educación.
- LA LLAVE, «Sobre geopolítica», *Revista Ejército*, n.º 48, pp. 3-7.
- MARINI, J. (1980), *El conocimiento geopolítico*, 2 vols., Buenos Aires, Escuela Superior de Guerra.
- MARTÍ HENNEBERG, J. (1983), «El estado actual de la edafología. Un trabajo inédito de Huguet del Villar», *Geo-Crítica*, n.º 45.
- MARTÍ HENNEBERG, J. (1984), *Emilio Huguet del Villar (1871-1951). Cincuenta años de lucha por la ciencia*, Ediciones y Publicaciones de la Universidad de Barcelona.
- MARTÍN ECHEVERRÍA, L. (1937), *Geografía de España*, 3 vols., Barcelona, Editorial Labor, 1.ª edición en 1928.
- MARTÍN ECHEVERRÍA, L. (1943), «Introducción» a la obra de Arthur Dix: *Geografía Política*, Barcelona, Editorial Labor, pp. 9-15.
- MARTÍNEZ VAL, J. M.ª (1942), «Sobre el concepto y la realidad científica de la Geopolítica», *Estudios Geográficos*, n.º 9, pp. 833-864.
- MACKINDER H. T. (1904), *El pivote geográfico de la historia*, en J. Atencio, *Qué es la geopolítica*, pp. 367-379.
- MAULL, O. (1960), *Geografía Política*, Barcelona, Ediciones Omega (1.ª edición en 1925).
- MELÓN, A. (1941), «Geopolítica o Geografía Política. Su posible contenido», *Estudios Geográficos*, n.º 2, pp. 5-33.
- MELÓN, A. (1951), «Emilio Huguet del Villar», *Estudios Geográficos*, n.º 45, pp. 815-818.

- MELÓN, A. (1957), «A la memoria de D. Eloy Bullón (Bio-bibliografía)», *Estudios Geográficos*, n.º 67-68, pp. 227-237.
- RATZEL, F. (1888-1889), *Las razas humanas*, 2 vols., Barcelona, Montaner y Simón.
- REPARAZ RODRÍGUEZ, G. (1924), *Política de España en África*, Madrid, Editorial Calpe (1.ª edición en 1907).
- REPARAZ RODRÍGUEZ, G. (1933), *Historia de la colonización*, 2 vols., Barcelona, Editorial Labor.
- SÁNCHEZ CASADO, F. (1884), *Elementos de Geografía Comparada*, Madrid, Librería de Hernando, (9.ª edición).
- TUÑÓN DE LARA, M. (1986), *España: la quiebra de 1898*, Madrid, Editorial Sarpe.
- VICENS VIVES, J. (1940), *España. Geopolítica del Estado y del Imperio*, Barcelona, Editorial Yunque.
- VICENS VIVES, J. (1981), *Tratado de geopolítica*, Barcelona, Editorial Vicens Vives, (1.ª edición en 1950).